

# FRAN BARRERO

AMURAO

Los ecos del pasado



El regalo de cumpleaños de la oficial Livia Craciun a su mejor amiga, la inspectora Cristina Collado, parece un sueño hecho realidad: un viaje a Río de Janeiro con todos los gastos pagados. Pero lo que ambas no saben es que el vuelo hará que el sueño torne en pesadilla. La muerte de un pasajero en la zona de primera clase hace sospechar a las policías que se trate de un asesinato, pues la víctima había recibido una amenaza de muerte pocos días antes y por ello contrató más seguridad para el viaje. Con quince horas de vuelo por delante, la inspectora se empeñará, con la ayuda de su amiga y compañera, en descubrir lo que ha ocurrido. La hostilidad del resto del pasaje y la sensación de que allí todos ocultan algo serán solo dos de los muchos contratiempos con los que tendrán que lidiar. ¿Quién podría tener motivos para matar a un respetable hombre de negocios? A veces la pregunta halla su respuesta en el pasado, aunque haya que regresar ochenta años en el tiempo.

# Índice de contenido

Hannover, mayo de 1945  
Cumpleaños  
Un regalo inesperado  
Aeropuerto  
Miedo  
Compañeros de viaje  
La proposición  
Comienza la espera  
Una noche muy larga  
Estrasburgo, mayo de 1945  
Protocolo  
Cabinas de sueño  
El pasaje  
Llamadas de teléfono  
Barcelona, mayo de 1945  
Eduardo Nieto  
Barcelona, febrero de 1960  
Bertram Hoffman  
Joseph Weber  
Líquido azul  
El mapa  
Hamburgo, abril de 1945  
Sevilla  
Registros  
Margarita de Siruelo  
El mar infinito  
Barcelona, abril de 1961  
Café irlandés  
Sobrecargo

Río de Janeiro, diciembre de 1960

Excitada

Juramento hipotético

La niña

Desaparecido

Río de Janeiro, mayo de 1975

Bodega de carga

Tatiana

Barcelona, enero de 1990

Máscara

Berlín, abril de 1945

Aterrizaje

Seis días atrás

Victoria Nieto

Ludwigslut, abril de 1945

Culpables

Río de Janeiro

Agradecimientos

Sobre el autor

*Para Beatriz Pascual*

Quien con monstruos lucha,  
cuide de convertirse a la vez en  
monstruo.  
Cuando miras largo tiempo a un  
abismo,  
el abismo también mira dentro de  
ti

Friedrich Nietzsche

## Hannover, mayo de 1945

Ilsa tenía hambre y estaba muy cansada, pero no se le pasaría por la cabeza protestar. Su madre le había dejado claro que no quería volver a oír otra queja, bastante tenía con las de su hermano pequeño Friedrich. Ya no recordaba los días que llevaban caminando o metidas en algún coche de línea, siempre en dirección sur. Su madre aceptaba incluso que les llevaran en un carromato de agricultor o ganadero, así descansaban durante unas horas mientras seguían avanzando, aunque tuvieran que soportar el olor de cerdos, gallinas o paja y heno húmedos. Lo importante era ahorrar unos marcos.

El dinero sería vital en un futuro próximo.

En dos ocasiones les habían parado las patrullas de militares que controlaban las carreteras, en ambas su madre, Hildegarde, esgrimió una sonrisa que parecía haber quedado reservada en exclusiva para ese menester.

«Vamos a pasar unos días en casa de un familiar en el sur para los festejos por un nuevo nacimiento» era la excusa siempre.

En ese momento llevaban varias horas caminando tras dejar atrás la gran ciudad de Hannover, donde apenas habían comido un guiso de alubias en una posada de un barrio que en otras circunstancias Hildegarde no se habría atrevido a visitar, menos aún con los niños. Un guiso que había sabido a poco... El paisaje era bellissimo a ambos lados de la carretera, pero eso no aliviaba el cansancio acumulado, ni el sueño y el hambre que volvían a atenazar sus tripas. Al menos Friedrich estaba dormido, cada día dormía un poco más y protestaba un poco menos, no porque se le

aliviasen los dolores, sino porque estaba demasiado débil para hacerles caso.

Pronto sería de noche y necesitaban urgentemente un vehículo que los acogiera amablemente para acercarlos a Northeim; y tendría que suceder antes de dos horas, el tiempo que tardarían en desfallecer si seguían caminando.

El coche que paró al cabo de unos minutos no era el esperado. Además, la pequeña Ilsa siempre había pensado que el Volkswagen Kubel era lo más feo del mundo, como un pie sin dedos, pero solo iban dos soldados delante y el asiento trasero se antojaba como el más mullido sofá que podrían encontrar en cien kilómetros a la redonda. Se acomodaron tras indicar su madre el destino de la familia, y el vehículo partió a toda pastilla.

Ilsa no comprendía la conversación que inició el copiloto del coche, que parecía ser un sargento o algo así, con su madre, pero no le hacía falta para saber que aquellas miradas no le gustaban. La niña observaba de reojo a su madre constantemente, adivinando lo forzado de sus respuestas, de sus miradas y, por encima de todo, de sus sonrisas. Unas horas más tarde, cuando los dos soldados y su madre pensaron que ella y su hermano ya estaban dormidos, frenaron hasta dejar el coche a un lado de una carretera oscura y se alejaron unos metros en dirección al prado cercano. Ilsa se asomó con curiosidad y pudo ver cómo se quitaban la ropa y hacían algo que no comprendía; los dos soldados alrededor de su madre en todo momento, turnándose.

Aún se hacía la dormida cuando, una media hora después, regresaron al coche y reemprendieron la marcha. Los tres en el más absoluto silencio.

Ilsa no sabría explicar el motivo, pero, desde aquella noche, su madre nunca volvió a desprender el aroma característico que siempre había sido su seña de identidad, como si hubiera decidido dejar de perfumarse con su agua de colonia.



Los dos soldados les llevaron hasta la entrada de Einbeck, a doce kilómetros de Northeim; allí se despidieron con una sonrisa y palabras que la niña no entendió, antes de dar media vuelta y regresar por la misma carretera.

—Ya queda poco, cariño —balbució su madre. Ilsa pensó que se lo había dicho a ella y eso le dio fuerzas.

—¿Tan grande es Alemania, mamá?

—Aún no hemos recorrido la mitad, y luego falta Francia, aún más grande, y por fin España.

Ilsa pensó que viajar era lo peor del mundo. Hacerlo caminando casi siempre o montados en un carro lleno de animales, un autobús aún más apestoso o el asiento trasero de un Kubel en el que los soldados le hicieran esas cosas a su madre, era una horrenda pesadilla. ¿Qué sentido tenía ese viaje si estaban mucho peor que en su casa, además de no ver a su padre, por mucho que mamá asegurase que este llegaría pronto?

Durante el siguiente día avanzaron unos setenta kilómetros más, a veces caminando y otras con lugareños que se apiadaban de ellos y los dejaban subir a sus carrmatos; no pasaron por controles militares y comieron dos veces. Fue un día tranquilo, pero Ilsa no se atrevió a preguntar a su madre por lo que había visto la noche anterior. Se había prometido que esperaría a tener la suficiente valentía como para hacerlo. Lo que no sabía entonces es que jamás iba a reunir esa fuerza y valor. Con el paso de los años, cuando comprendió qué significaba aquello y supo los motivos que habían llevado a su madre a hacerlo, decidió llevarse el secreto a la tumba. Como sabía que también haría ella.

Solo tardaron tres días más en llegar a Karlsruhe, casi habían alcanzado la frontera con Francia. Quizás esa proximidad con un país antes ocupado y ahora rebelde fuese el motivo de que vieran intensificado el control de acceso a las carreteras. Como en ese mismo momento.

—¿A dónde se dirigen? —preguntó el oficial sin apartar la mirada de los pasaportes.

—A Haguenau, aquí al lado, a pocos kilómetros.

—Para ser usted de Berlín, se conoce bien la zona y sabe las distancias.

—Hemos venido años atrás, cuando nació otra de mis sobrinas. Mi hermana está casada con un francés y viven en Haguenau, comprenderá que...

—Nosotros no comprendemos nada, solo cumplimos órdenes y tratamos de evitar que entren rebeldes y que huyan desertores.

A la desesperada, Hildegarde se jugó la vida propia y la de sus dos hijos en su siguiente comentario.

—Mi marido es Ernst Koch-Newmann, consejero de transportes del *führer*, amigo de Joseph Goebbels, vendrá en dos días si su agenda se lo permite, pueden ustedes llamar ahora mismo a la central del partido y comprobarlo hablando con él o con su secretaria.

No iban a hacerlo, tampoco a retenerlos más de unos minutos más. Un puesto fronterizo con Francia no tenía la rigidez de uno con Polonia, Austria, Checoslovaquia o, incluso, los miserables y traidores Países Bajos. Les permitieron pasar y pronto Hildegarde y sus dos vástagos pisaron suelo francés, aunque no les esperaba un futuro mucho mejor que deambulando por Alemania.

## Cumpleaños

Su mirada es tan dulce, y a la vez tan intensa, como para no apreciar en absoluto que ahora uno de sus dos preciosos ojos azules es de cristal. Cristina frente a ella, desnuda y maquillándose ante el espejo del baño. Ha puesto música suave en un pequeño altavoz Bluetooth sobre el lavabo.

Livia empieza a sentir calor, pero no se marcha, está sentada en el borde de la bañera, observándola en silencio. Hasta que Cris protesta de nuevo.

—Qué difícil es atinar con la sombra de ojos y el rímel. Ya no digamos con el perfilador del labio.

—Te lo he dicho, cabezota.

—Debí hacerte caso, Livia. No aprendo nunca.

—Déjame hacer a mí y verás cómo esta noche Pablo se muere de amor al verte.

—Estamos casados, así que eso de morirse de amor ya no pasa.

—No digas eso, el amor verdadero es para siempre. Pablo se quedará sin habla, o tartamudeará, cada vez que te vea durante toda su vida. —Se levanta, se acerca a ella y le aparta el pelo con suavidad de la cara, ambas tienen el mismo color: rubio casi platino, e igual de largo.

—¡Qué bonito es eso que dices sobre el amor verdadero! Ojalá sea cierto. Espera, no me pongas una sombra tan oscura, pareceré un oso panda.

—Es una cena especial, es tu cumpleaños, no se cumplen treinta todos los días.

—Treinta y dos.

—Pues eso, treinta. Así que déjate hacer. Seguro que Pablo te regala algo la leche de especial. Y eso que no ima-

ginas lo que te tengo preparado yo.

—No quiero regalos, me conformo con teneros a todos vosotros a mi lado un año más.

—No seas tan conformista, recuerda que hay algo que deseas desde hace mucho.

La inspectora jefe del departamento de homicidios Cristina Collado hace memoria y no logra recordar qué es eso tan importante que dice su amiga, hermana, hija y oficial a su cargo, Livia Craciun.

—¿De qué hablas?

—Calla, pronto lo sabrás. —Le guiña un ojo con compli-

cidad. Desde hace poco, Cristina no ve con buenos ojos eso de recibir un guiño, pero suspira hondo —ya conoce a la niña—, termina de vestirse y sale del dormitorio. En el salón aguardan su pareja, Pablo, la princesita Eva y su ángel de la guarda, Livia. Pero lo que parece una celebración íntima se convierte en algo de lo más inesperado al cabo de pocos segundos. Llamen a la puerta y, cuando Cristina abre, ve aparecer a Nuria Carvallo, Marcos Navarro y su esposa Laura Moreno, además de Irene Macías y Maite Redondo.

—¡Sorpresa!

—Pero... ¿qué es esto?

Pablo se acerca a ella, le da un beso en la punta de la nariz y le susurra:

—Nada de cena íntima en casa, hoy salimos a un restaurante en el puerto, tengo mesa reservada y aprovecharemos que hace buen tiempo. ¿Te apetece?

—Claro que sí —dice mientras mira a Livia—. Ahora entiendo esa insistencia para que me arreglase tanto.

Las vistas desde la terraza del restaurante La Cantina del Puerto son insuperables a esta hora, con la luna emitiendo destellos sobre las calmadas aguas de la ría; al fondo, las montañas de sal iluminadas de la salina. El aroma está más

cargado que nunca, con esa mezcla única de olores que confiere a cada ciudad un toque único respecto a otras que cuenten aparentemente con los mismos ingredientes.

Una mesa junto a la baranda de cristal, dos botellas de champán esperando para brindar y risas, muchas risas.

Va siendo hora de poder reír sin arrastrar mierda pasada, si es que obviamos que David, el grandullón, el alma de la fiesta, no está para hacerla inolvidable.

—¡Por Cristina, por celebrar muchos cumpleaños más a tu lado! —dice tras alzar su copa Pablo Aguilar.

—¡Por mi mejor amiga, y por infinitos días de fiesta! —grita Nuria.

—¡Por mi mejor policía! Espero que no estés pensando en abandonar o dejarnos por un destino en Sevilla. —Todos ríen ante las palabras del comisario Navarro. Luego, escrutan el semblante del capitán Pablo Aguilar con desconfianza.

—¡Por la persona que más quiero en el mundo. Porque no me faltes nunca! —Cristina suelta la copa y abraza con fuerza a Livia, visiblemente emocionada al emitir su brindis, aunque sin llegar a llorar.

Todo el mundo sabe que las lágrimas de Livia se agotaron en su adolescencia.

Laura, Irene y Maite alzan sus copas para repetir las últimas palabras de Livia: «que no nos faltes nunca».

«¿Qué haríamos sin ti?», se preguntan todos en ese momento.

—Chicas, cómo echaba de menos salir de fiesta con vosotras. —Nuria se muestra eufórica—. Esta noche hay que quemar la ciudad.

—No te pases, que solo es una cena.

—Bueno, pero luego tomaremos una copa, o dos.

—O quince. Miedo me das, Nuria. Todavía recuerdo la última vez que nos llevaste al lado oscuro.

—Pero si eso fue hace años.

—No tanto, fue... ¿Cuándo fue?

—En mi despedida de soltera —apunta Laura, para vergüenza de las presentes, que se largaron sin avisar porque no se estaban divirtiendo.

—Lo siento, Laura, es que tu hermana Mariola fue en plan mandona todo el tiempo. La cosa prometía con los tutús y los velos coronados con una polla de plástico, pero luego se volvió todo tan... ¿fiesta de graduación de Barbie? Venga, chicas, reconocedlo. —Livia y Cristina miran hacia otro lado—. ¡Cabronas! Vosotras también os quejais del aburrimiento. Laura, ¿un karaoke? ¿De verdad? ¿Lo mejor que pensó tu hermana para tu despedida era cantar canciones de Ella Baila Sola y Mocedades en un karaoke?

—No te quejes, teníamos barra libre.

—Pues menos mal que nos fuimos, porque, de seguir allí, hubiéramos acabado borrachas, cantando por Eros Ramazzotti y llorando como tontas.

—Sí, fue mucho mejor la alternativa...

Nuria le pide explicaciones a Livia por su comentario.

—Pues, ya sabes, acabamos en un club de stripteis.

—No lo recuerdo —dice Nuria. Cristina se lleva disimuladamente una mano a la cara para evitar que se note su sonrisa—. ¿Acabamos metiendo billetes en el tanga de un negro bien buenorro?

—Cuéntaselo tú, Cris, que Nuria tiene una de sus lagunas mentales.

—Mejor tú, Livia, que lo cuentas con más gracia.

El resto de los comensales, esperando a que llegue el primer plato de la cena, observan sin saber qué decir.

—Venga chicas, contadlo, que estamos en ascuas —dice Maite Redondo, la forense.

—Pues no fue gran cosa, para lo que es habitual en Nuria, claro. Como no habíamos bebido casi nada, Cris menos que eso, cogimos el coche y nos escabullimos del karaoke. Nuria aseguró que conocía un local clandestino impresionante y, como nos veíamos con fuerzas para contenerla en caso de desmadre, decidimos hacerle caso y...

—¿Desmadrarme yo? Mata a un gato y te llamarán matagatos.

—Claro, Nuria, tú nunca pierdes el sentido del decoro.

—Tampoco es necesario ese sarcasmo.

—Bueno, no me interrumpas. El caso es que llegamos a un local que no tenía nada de clandestino, los neones de la entrada se veían desde kilómetros. Era un club de estriptis, pero ni por asomo había negros buenorros y con una anaconda oculta en el tanga, sino chicas bailando alrededor de barras y haciendo espectáculos cada media hora.

—No recuerdo eso.

—Claro, Nuria, y tampoco lo demás.

—¿Os pusisteis a ligar con las chicas o los clientes? —pregunta Irene Macías, la recepcionista de la comisaría, algo ruborizada.

—Ojalá, Irene, ojalá. Una copa, otra, risas, otra copa más, más risas. —Livia hace una pausa de efecto, casi no se oye ni el hilo musical en el restaurante—. Y entonces Nuria saltó al escenario.

—¡No! —Maite e Irene lo gritan a la vez.

—Ya te digo yo que sí. —Nuria trata de hacerse la inocente y sorprendida—. Tras subir al escenario, empujó a una chica rubia y delgadita que se quitaba la ropa despacio, al ritmo de la música; casi la mata cuando la pobre chica se cayó del escenario. Y nuestra amiga empezó a desabrocharse la camisa.

—¡Venga ya! Eso no ha pasado nunca.

—Ni siquiera he terminado, Nuria, falta el final. Porque contigo siempre hay un final de esos que ni en las películas. Te quedaste en sujetador. Los de seguridad intentaron echarte, pero caían tantos billetes sobre el escenario que te dejaron terminar. Entonces pediste un micrófono y un tipo de la empresa te lo entregó, joder cómo se te trababa la lengua al hablar. «*Vamosss hijosssdeputa, vamosacantar algo mássss movidito. ¡Sabrina! Boys, boys, boys. Ainluquin-gfordeguchan. Boys, boys, boys*». Recuerdo que Cristina se